

F1224
N4



FONDO HISTORICO
RICARDO GOVARRUBIAS

155639

**APUNTES para la historia de Mé-
jico. Comprende el periodo, que co-
mienza en 1.º de octubre de 1861 y
acaba en el año de 1866.**

Voy á referir con sencillez y verdad los sucesos, en que tuve parte principal ó accidental. No hago comentarios ni reflexiones sobre aquellos acontecimientos, pues quiero presentarlos como fueron, para que el historiador los aproveche y mis conciudadanos los conozcan. A ellos toca juzgar. Narra el militar y el hombre público, no el literato; y por consiguiente, no hay en lo que escribo mas pretensiones, que las de presentar los hechos tales como pasaron en mi modo de sentir y de ver.

Miguel Negrete.

En el año de 1861 me encontraba en la Villa del Carbon, donde habia establecido mi cuartel general, con setecientos caballos, mandando aquella línea, inmediata á la capital de la República, y asediando las poblaciones de las cercanías. El sistema de guerra que adopté me aseguraba la posesion de la línea

de una manera tal, que los esfuerzos del gobierno se hubieran estrellado indudablemente. Llevaba de hacer la guerra en estos lugares un año, y no habia sufrido ninguna derrota.

A fines del año, una avanzada que cubria el camino de Cuauhtitlan, interceptó en la diligencia la correspondencia, dirigida de Méjico á los Estados del interior; y al imponerme de los periódicos y pliegos oficiales, ví con sorpresa, que las aguas del Golfo se hallaban invadidas por las escuadras de Francia, Inglaterra y España, cuya venida ignoraba, á pesar de que con anterioridad habia sabido por don Manuel Robles Pezuela, al lanzarme de nuevo á la revolucion, por la persecucion que hacian á mi persona, que se estaba trabajando activamente para derrocar al gobierno republicano, pero que como aun no era tiempo de moverse, me invitaba á esperar con él. No me dió mas explicaciones sobre el particular; pero supuse desde luego, que tales trabajos se llevaban á cabo en el extranjero, porque esta conversacion tuvo lugar en la casa del ministro francés M. Saligny.

Tenia orden del cuartel general del Ejército para establecer una línea de comunicacion con los gefes del Sur, para ponernos en contacto con el Estado de Veracruz. Estos preparativos y otras muchas providencias, me hicieron creer, que se nos queria hacer representar el papel de traidores á la patria á los que nos hallábamos con las armas en la mano contra el gobierno constitucional.

Yo que recordaba que en tiempo de la invasion norteamericana me habia encontrado en las filas de los defensores de la patria, y que con gusto derramé mi sangre por ella, no vacilé un momento en trazarme el camino que debia tomar, y fué el de combatir contra los invasores.

Mandé en consecuencia orden á los gefes, que militaban bajo mi mando, para que se reconcentraran á mi cuartel general; y reunidos en junta, les manifesté el peligro que amenazaba á la nacion, les espuse que estaba resuelto á seguir la suerte del gobierno constitucional que por cierto la veía muy desgraciada, porque tenia que combatir contra las fuerzas de las tres potencias coaligadas; pero que preferia la desgracia con mis hermanos, al triunfo de la causa que defendiamos, con el apoyo de las bayonetas extranjeras.

Despues de hacer esa manifestacion á mis compañeros, entre los que se encontraban los generales don Juan Argüelles, don Estévan Leon, y los coroneles don Mariano Trujeque, don Roman Legorreta y don Manuel Segura, fué aceptada mi resolusion, escepto por el último, quien tuvo el valor de contestar: "que primero era español, que puro." Al momento le mandé salir de la junta y le espedí la orden de destierro de los puntos que ocupaban mis fuerzas.

De acuerdo con los que me habian secundado, procedí inmediatamente á invitar á todos los gefes, que se hallaban con las armas en la mano y oponiéndose al gobierno, á que hicieran otro tanto de lo que acabábamos de hacer; y muchos de ellos me manifestaron, que estaban dispuestos á seguir nuestro ejemplo. Acto continuo mandé órdenes á las poblaciones inmediatas para que sin temer hostilidad de parte mia, comenzaran á organizar sus guardias nacionales, contando con los elementos que yo poseia para la defensa de la patria.

Todo esto pasaba, mientras el coronel don Roman Legorreta iba á Méjico á poner en conocimiento del gobierno la resolusion que habiamos tomado de someternos á su autoridad, para cooperar á la defensa de la República; pero mi sorpresa fué grande al imponerme de la carta que, en contestacion, me dirijió el ministro de la guerra, diciéndome, que únicamente habia acordado el gobierno; que me sujetara á deponer las armas y á retirarnos á la vida privada. Esto dió por resultado que el general Argüelles se separara con trescientos caballos y entrase el desconcierto y desconfianza entre los demas gefes, al ver el desprecio con que se veía nuestra patriótica sumision, y que los que trataban de seguir el mismo camino, se sostuvieran con las armas, lanzándose á la traicion; y tambien que me viera obligado á combatir en el pueblo de Acambay, en pocas horas, contra las fuerzas del español Lindoro Cagigas y contra las del gobierno, á las órdenes del coronel Soria.

En vista de esto mandé un comisionado á que hablara con el señor Doblado, que iba en marcha de Guanajuato á Méjico, y por el mismo conducto me citó á una conferencia en el pueblo de San Miguel Calpulalpan. Concurrí á ella y le manifesté cual era mi situacion y los deseos que tenia de combatir por la patria; aceptó mis servicios y me ordenó, que mi tropa siguiera el movimiento de la suya para la capital. Allí se dispuso marchara yo al distrito de Huauchinango, donde ejercia influencia, y organizara una brigada sobre el pié que tenia, para marchar á la capital del Estado de Puebla, donde esperaria órdenes.

Seguí para Huauchinango, invité á los patriotas de aquel distrito y formé un batallon de voluntarios. Tambien invité á los enemigos que estaban con las armas en la mano en Chignahuapan y se negaron, esponiendo su gefe por único pretesto, la conducta anterior del gobierno.

Seguí mi marcha para la ciudad de Puebla, donde recibí orden de ponerme con mis fuerzas á la disposicion del G. general Arteaga. Durante mi permanencia en Puebla, ví pasar con sus fuerzas al general Galves, que habia seguido la senda que yo le habia marcado, por cuyo motivo lo felicité, llenándome de entu-

siasmo al ver que se unian los partidos para atender únicamente á la defensa de la patria.

Pocos dias despues marchamos á incorporarnos al ejército de Oriente en los momentos en que era separado del mando en gefe el C. general Uraga, y lo recibia el general Zaragoza.

En mi marcha, desde Méjico hasta mi incorporacion al ejército de Oriente, y aún en el mismo, sufrí con mis compañeros toda clase de insultos por hombres que se llamaban patriotas, y que la mayor parte engrósaron mas tarde las filas de los traidores.

Acababa de tener lugar la ruptura de los preliminares de la Soledad por los franceses, y haciamos una retirada del Ingenio. El general Galves con sus fuerzas se pasó al enemigo; cuyo hecho me llenó de vergüenza, y me vi precisado á renunciar el mando de la brigada que tenia á mis órdenes, haciéndome el propósito de seguir la guerra con una fuerza de caballería, combatiendo por la patria en menor escala, para no trastornar con la desconfianza que se pudiera tener de mí, las combinaciones del general en gefe. Esta resolucion la manifesté oficial y confidencialmente al general Zaragoza, quien se opuso á que yo dejara el mando de la brigada, diciéndome que tenia sobrada confianza en mí.

En efecto, pocos dias despues tuvimos que combatir en las Cumbres de Acultzingo, y se me dió el mando del ala izquierda de la posicion. Comenzó el combate, y á las pocas horas ví completamente derrotada el ala derecha, mandada por el C. coronel Mariano Escobedo, y el centro batiéndose en retirada: hice todos los esfuerzos posibles para conservar la línea de mi mando, y lo conseguí hasta despues que todo lo demas estaba perdido; mas no quise retirarme hasta haber consultado con el general en gefe, quien me ordenó que lo verificara por el punto que pudiera; lo que efectué en el mejor órden, perseguido de cerca por los franceses, sin perder nada, sino antes bien recogiendo dispersos de las demas fuerzas y batiéndome en retirada.

Mi tropa comenzaba á desmoralizarse; pero mirando que la fuerza que me perseguia, no era bastante para derrotarme, mandé hacer alto á la orilla de un lago, y dí órden que por batallones tomara agua la tropa. Esta medida fué suficiente para que el enemigo, al ver nuestra serenidad, hiciera alto, y nuestros soldados se moralizaran. Despues en columna, marché á unirme al general en gefe en la cañada de Ixtapam, quien me recibió con un cordial abrazo.

Seguimos la marcha para la ciudad de Puebla, donde hice mi entrada con la brigada, la tarde del 3 de mayo de 1862.

Al dia siguiente, aumentada mi fuerza con la brigada de Morelia, mandada por el C. general Rojo, recibí órden de ocupar los cerros de Guadalupe y Loreto, hice comandante del segundo

punto al C. general Rojo y del primero, al C. coronel Arratia, quedando á la reserva para atender al ataque, dos batallones de Morelia y el de Zacapoaxtla, cuyos cuerpos hacian un total de seiscientos hombres; que fueron reforzados en el momento del ataque, por una columna de ochocientos hombres al mando del C. general Bearriozábal única fuerza con que fueron derrotados los franceses. El C. general en gefe confió en mí, y me encomendó la direccion de las operaciones sin especificar órdenes ni visitar la posicion, sino despues de concluida la batalla del 5 de Mayo; que pasó á revisar el campo. Omito dar pormenores de esta accion, porque sus detalles son conocidos de la nacion entera y solo diré: que, persuadido de que toda la responsabilidad pesaba sobre mí, me habia resuelto á hacer los esfuerzos posibles para cumplir con mi deber, así lo manifesté la noche del dia anterior al C. general Rojo.

El general en gefe quedó satisfecho de mi comportamiento, pues así lo manifestó públicamente á la mayor parte de los gefes del ejército y aún á mi mismo sobre el campo de batalla. Esto seguramente confirmó al general en gefe en la confianza que le inspiraba, y me nombró gefe de la segunda division, compuesta de tres brigadas, con que marché á las Cumbres de Acultzingo. El general cuartel maestro á su paso con la caballería para Barranca Seca, me pidió al batallon de Zapadores; y despues, ya al frente del enemigo, me mandó pedir otro cuerpo y le mandé los dos de Morelia, que habian triunfado el 5 de Mayo; y marché al pié de las Cumbres con el 4.º de Puebla para proteger su retirada.

Despues de esa desgraciada jornada, nos retiramos: y á pocos dias recibí órden de marchar á San Andrés Chalchicomula con una bateria de Montaña: por eso calculé que debia haber una nueva combinacion, en que yo debia obrar por la Sierra, á cuyo efecto me dediqué á instruir la tropa en los cerros inmediatos, para ataque y defensa de montaña, pero despues, en virtud de otra órden, me dirijí á la hacienda de San Antonio. Se dispuso se entregara la artillería de montaña á la division de Zacatecas, y que, con la de batalla que esta traía, marchara por la cuesta de Maltrata con rumbo al Ingenio. Allí fué nombrada mi division para quedar de reserva.

Comenzó el combate el dia 13 de junio, frente á Orizava, y yo permanecí á seiscientos métrros á retaguardia de la línea de batalla. El general Cuartel Maestro, que mandaba la línea fué herido, y lo reemplacé por órden del C. general en gefe. Al llegar y observar el campo, despues de lo sucedido en el cerro del Borrego, noté que los franceses, fortificados en la garita de la Angostura, ametrallaban á nuestra tropa, que se hallaba á pecho descubierto. Inmediatamente ordené abrir á la vista del

enemigo, una paralela, cuya operacion comenzó desde luego para evitar así que aquel siguiera ofendiendo á nuestros soldados; y con la artillería fueron apagados sus fuegos, pues mandé que se contestara con el doble de sus disparos. Al oscurecer, recibí orden de retirarme á una hora determinada de la noche, y dispuse el movimiento, que se verificó en el mejor orden sin que el enemigo lo notara, apesar de tenerlo á tiro de rifle. Sobre la marcha recibimos instrucciones para dirijirnos á varios puntos, y yo con mi division fuí destinado á Nopalúcan.

A este punto fué el C. general en jefe con su estado mayor, para nombrarme Cuartel Maestro del ejército, entregando el mando de la division al C. general O'Horán.

Llegué al cuartel general, que se encontraba en el pueblo de Acatzingo, y tomé posesion del puesto con que nuevamente se me honraba, apesar de mis escasos conocimientos; pero, queriendo llenar mi deber hasta donde me fuera posible tomé el mayor empeño en reglamentar los diferentes ramos de que se debe uno ocupar en tan difícil comision, regularizando todo aquello, que diera por resultado la manera mejor de satisfacer las necesidades del ejército; pues este era atendido antes únicamente en miniestra y forrajes: y principalmente me ocupé de hacer acopios de víveres para que pudiera sostenerse dentro de los muros de Puebla. Era evidente que al atacar el enemigo aquella plaza, adoptaria el sistema de sitio, como mas conveniente á sus operaciones.

Del depósito de ciudadanos gefes y oficiales, nombré un gran número de proveedores y forragistas para poder con mas actividad procurar de las haciendas semillas y ganados. A poco tiempo contaba la proveeduría general con un número considerable de ganado mayor y menor y grandes cantidades de semillas, no obstante que de ese mismo se mantenía el ejército y consumia una gran parte. La falta de trasportes hizo que estos no se hubieran remitido á la ciudad de Puebla con mas prontitud; y esto dió lugar á que se cometieran abusos por algunos proveedores.

Comenzaba á organizar la proveeduría en Puebla, y á dar órdenes para la introduccion á la plaza, de lo acopiado, pues tenía seguridad de que, solo de las cercanías, introduciría, apesar de los abusos de los conductores, diez y ocho mil cabezas de ganado mayor.—En aquellos primeros dias fué á dicha ciudad el C. Presidente; y los hacendados intervenidos, aliados con algunos gefes de alta categoría, se acercaron al gobierno, y éste, dándoles oido y sin escuchar mis razones, dió orden al C. general en jefe para que fuera relevado por el general Gonzalez Mendoza quien dos dias antes me habia pedido un salvo conducto para que su hacienda no fuera intervenida empeñándose al mismo tiempo para que igual beneficio concediera á varios amigos suyos.

Me retiré á mi casa, renunciando el mando de la division que se me volvia á dar, temiendo haber desmerecido la confianza del gobierno; pero el general en jefe fué á mi casa con la mayor caballerosidad á probarme lo contrario y volví á encargarme de la division, dedicándome esclusivamente á su instruccion.

En el acto de ser relevado por el C. general Gonzalez Mendoza, fueron desintervenidas las haciendas; y al ejército desde ese dia se le dió dinero efectivo para sus ranchos. Desde luego se descuidó de abastecer la proveeduría para el sostenimiento del sitio.

Comenzaron los invasores á sitiarnos, y á los pocos dias de asedio el ejército y la poblacion se morian de hambre, y en el campo enemigo se descubrian grandes partidas de ganado, pertenecientes al que habia desintervenido el C. general Mendoza.

Poco antes de comenzar el sitio, fuí con licencia á la capital de la República á asuntos particulares, y manifesté al gobierno, y á muchos de mis amigos, mi opinion sobre la defensa de Puebla: dije que el éxito seria mejor, si se reconcentraba el ejército en la ciudad de Méjico, donde se haria la defensa con mayores ventajas sobre el enemigo.

Acabó el sitio, y bien sabido es cuanto pasó en la plaza de Puebla, y que yo me negué á firmar la acta levantada para la ruptura de armas, logrando no caer prisionero en poder del enemigo.

Me presenté al gobierno en Méjico, y me ordenó marchar al Estado de Puebla á encargarme del gobierno y comandancia militar, con cien caballos á las órdenes del C. general Quesada y ciento sesenta infantes de un batallon de Puebla: por únicos elementos de guerra se me dieron veinte cajones de parque, y mil pesos, de cuya suma tuve que tomar setecientos para comprar armas, en la fábrica donde se estaban construyendo. Con trescientos pesos y esa fuerza marché por Tulancingo para Huauchinango y allí, como era de esperarse, encontré muerto el espíritu público, por la pérdida de la ciudad de Puebla. A mi llegada hice renacer el entusiasmo, y en el trascurso de dos meses, contaba con mas de dos mil defensores.

Bien sabido es que al dia siguiente de la gloriosa batalla del 5 de Mayo, me dirigió una carta el general Taboada, en la que me invitaba para unirme á los invasores, pues ésta y mi contestacion fueron publicadas entonces.

Al estar organizando mis fuerzas en Huauchinango, me mandó una carta un coronel francés, titulándose gefe superior de Tlaxcala, invitándome á unirme á ellos, dándome toda clase de garantías y haciéndome ofertas, que rechacé por medio de mi contestacion, cuyos documentos fueron publicados en Huauchinango.

Mandé fortificar la posición de Necaxza, para resistir á la columna franco-traidora que iba sobre mi cuartel general, como en efecto lo verificó á pocos dias; y tuvo que retirarse inmediatamente, sufriendo algunas pérdidas. Despues supe que habian pedido algunos refuerzos á Méjico, por no considerar suficiente esa columna para atacar mi posición.

Con el número de mis fuerzas habia aumentado la escasez de recursos, mayor en una sierra sin elementos. Por eso es que no contaba mas que con los poquísimos derechos, que causaban pequeños cargamentos procedentes del puerto de Tuxpam.

Puse varios extraordinarios al gobierno, manifestándole la situación crítica en que me encontraba, y la mucha fuerza que tenia, suficiente para distraer á los invasores y tal vez impedir su marcha para el interior, y le aseguraba que con la insignificante suma de seis á diez mil pesos que me enviase mensualmente, y los pocos recursos que en la sierra me proporcionaria, tendria bastante para sostener las fuerzas, cuya presencia en aquel lugar preocupaba al enemigo; pero el gobierno en los cuatro meses que estuve haciendo la guerra en aquel rumbo, no tuvo á bien auxiliarme con elementos de ninguna clase.

A los dos meses reforzado el enemigo, volvió sobre mis posiciones, y antes de emprender sus operaciones, mandó dos comerciantes de Huauchinango, entre los que figuraba el ciudadano español don Angel Anduaga, solicitando de mí una conferencia; á lo que contesté, que no tenia facultades para tratar negocio alguno, mas que con las bayonetas; y aunque tuviera aquellas, no lo haria, porque no prestaba garantías el ejército francés y estaba muy reciente la ruptura de los preliminares de la Soledad, y el trato dado á los prisioneros de Puebla. Esta resolución bastó para que el enemigo, al dia siguiente, sin emprender el ataque, se hubiera retirado.

La miseria en que nos encontrábamos me obligó á dejar las guardias nacionales en sus respectivas localidades, para que se defendieran en la sierra, sosteniéndose con sus pocos recursos, y marchar yo con los cuerpos regulares á presentarlos al gobierno para que nos utilizara en la batalla, que, como era de esperarse, se debia haber dado en el interior. Casi pidiendo limosna en los pueblos de la Huasteca, la atravesamos y llegamos á la ciudad de san Luis Potosí. Fué de notarse la mala recepción que nos hizo el gobierno, pero despues observé que la misma hacia á todos los patriotas que se presentaban á él, pues á varios prisioneros, que lograron evadirse, se les daba su pasaporte para retirarse á sus casas.

Pocos dias despues se dispuso que la brigada de Pachuca quedara á mis órdenes, para que, unida á la mia, formara una division. A la sazón que me ocupaba de su organización, se me

presentó Alanis, agente del enemigo, ofreciéndome una gruesa suma para que destruyera al gobierno, y haciéndome mil ofertas de parte de la llamada regencia. En el acto puse esto en conocimiento del C. Presidente y sus ministros, dejando á uno de mis ayudantes que vigilara al mencionado Alanis, ínterin fui á la casa de gobierno. La respuesta que me dió el C. Presidente fué que lo entretuviera, para que de esa manera, creyendo que contaria conmigo, no les hablaria á los demas gefes, resolución que no me pareció buena, porque esperaba que se me diera orden de mandarlo prender y recojer el dinero para los gastos de la guerra. A mi pesar tuve que responder al referido Alanis, que habia reflexionado, pesando sus razones, y que estaba decidido á aceptar sus proposiciones; pero que aun no me parecia oportuno obrar y que era conveniente esperar algunos dias. Esta esperanza le dió tal confianza que se atrevió á caminar en un carruaje entre las filas de la division, y como yo habia comunicado á varios gefes y á mi estado mayor estas ocurrencias, algunos de ellos y aun el mismo general Quesada, estuvieron en la carretela, y en efecto, vieron que contenia una gran cantidad en oro. El dia que se retiró el gobierno de san Luis, me estrechaba á que diese yo el golpe; pero para quitármelo de una vez, supliqué al general Alcalde que lo amenazara con fusilarlo, si lo volvía á ver entre nosotros, porque sospechaba muy mal de él; así lo hizo, y amedrentado Alanis, tuvo que separarse por entonces.

En mi permanencia en san Felipe, tuve noticia de la retirada del C. general Uruga y de los avances del enemigo, que ocupaba ya á Guanajuato, y en diferentes columnas invadia el interior. Por extraordinario comuniqué al gobierno estas noticias. El general Suarez Navarro, que funcionaba de ministro de guerra, me daba orden de que hiciera un movimiento de flanco, dejando á san Miguel Allende á retaguardia, en cuyo punto se encontraba el general Mejía con su fuerza; movimiento que tenia por objeto, en mi concepto, dejar al gobierno sin fuerza que cubriera los caminos que conducen á san Luis, dando lugar á que cualesquiera columna de las que venian de Leon, hiciera una marcha violenta sobre el gobierno, que solo le quedaba un batallon. Esto, que lo calculé de torpeza, y no como realmente era traición de una parte del gabinete, como se demostró despues por haberse pasado al imperio, me hizo manifestar al gobierno la imposibilidad que habia en cumplir con la orden, por lo pesado de los trenes y porque seria infaliblemente envuelto por el enemigo: que me retiraba, porque acababa de tener noticia de mis exploradores de que el enemigo avanzaba por el camino de Guanajuato, con una columna de franceses y el general Mejía sobre san Felipe, y que la fuerza que yo tenia no era suficiente para resis-